

DEJAME QUE TE CUENTE



DEJAME QUE TE CUENTE

Rafael Sans



*Mi destino no está escrito en las líneas de la mano,
está en el Universo.*

*Lo rigen el tiempo y el espacio:
la gigantesca espiral de la Historia:
ese milagro.*

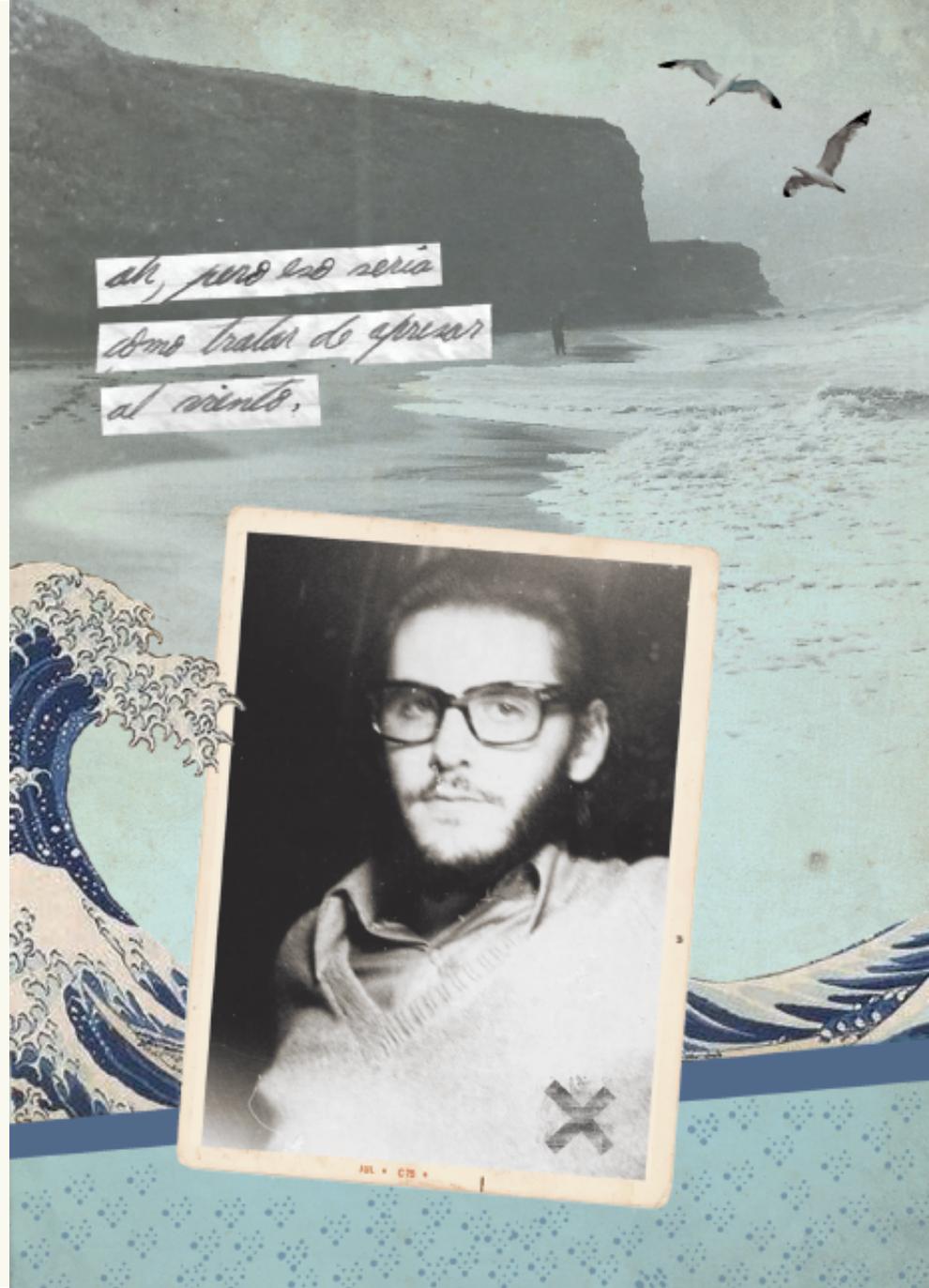
Glauce Baldwin.

Busco la diferencia. La he buscado siempre. Creo que todos los que sobrevivimos la buscamos. Pero casi siempre buscamos sólo en nosotros mismos. Después de treinta y pico de años de democracia, recién ahora percibo otras voces, la confirmación o no de ciertos datos. ¿Por qué?

Miedo de descubrir que él había hecho lo que yo debía haber hecho y no hice. Puede ser.

Voy a contar esta historia, entonces, buscando en mí lo que no sé de él. Buscando esa diferencia. No es una forma objetiva, histórica o periodística, sino un relato que me involucra. A mí y todos aquellos que vivimos en aquel tiempo. De algún modo, es cómo éramos lo que voy a contar, como si el Flaco estuviera delante de mí y compartiéramos el mate, y nos pusiéramos a recordar cómo éramos, como suelen hacer los viejos amigos.

Él, ahora, es más joven que cualquiera de mis hijos, y yo soy un viejo. Por un momento, pienso



que quizás sea difícil entendernos. Pero él no es un joven de esta época. Es un joven de *mi* época.

Yo le llevaba tres años. Cuando lo conocí, esa no era una gran diferencia. Pero sí es la razón de que lo haya conocido en ese momento y no antes, cuando yo era un chico que caminaba todos los días por calle Córdoba.

Sin embargo, Rafael debe haber sido también un «pibe de calle Córdoba», uno de esos a los que nosotros, que ya estábamos en la facultad, llamábamos pirañas durante el Rosariazo.

Los pirañas todavía estaban en el secundario, pero ya se movilizaban –como nosotros, antes en su vida que nosotros y mejor que nosotros– contra la dictadura de Onganía.

¿Estuvo el Flaco allí? Quizás. En ese caso, esa diferencia de edad importa, porque la conciencia de la liberación a mí me llegó a los veinte años, mientras que a él debe haberle llegado a los diecisiete.

Pero, en cualquier caso, el punto de donde partió debe haber sido parecido al mío. Llegaba un momento, a los trece, catorce años, que uno pisaba el Centro de otra manera. Antes de esa edad, desde luego, ya se iba con los amigos, se iba al cine, a tomar un helado, a tratar de encontrar una chica (todas estaban allí, era inútil buscar en otra parte). Pero en cierto momento, calle Córdoba (nada de Peatonal, no existía eso) se convertía en tu hogar: vos llegabas, desde tu casa, a cinco cuerdas o a cincuenta, a pie o en bondi, y entrabas por la esquina de Corrientes o por la de Laprida, te ponías a caminar y enseguida encontrabas uno, dos, cinco amigos y caminabas junto a ellos, y conversabas con ellos.

Y, por cierto, la política no era un tema menor. Todos tenían posturas, ideas respecto a lo que pasaba en el país y en el mundo, todavía un poco influenciadas por las ideas de sus padres, pero ya queriendo elaborarlas por propia cuenta. Así, paseando durante horas, con alguna parada en algún café, transcurría la parte más importante



de nuestras vidas. Las obligaciones, en cambio, se liquidaban rápidamente en otros lugares de jerarquía infinitamente menor: la escuela, la familia.

Como un anticipo, tal vez, de lo que después sería el tabicamiento de la clandestinidad, poco era lo que uno sabía de casi todos esos amigos. Ni donde vivían, ni a qué escuela iban; a veces, ni el apellido ni el nombre verdadero: vos eras el Negro, el Flaco, el Gordo, el Pato, el Ratón. Era así porque vos eras lo que eras *allí*, en calle Córdoba: no eras el hijo del doctor, ni el mejor promedio, ni el expulsado de tal escuela, ni el hijo de padres separados. Éramos como recién nacidos que tenían que encontrar, en esa calle, su forma de vivir.

Cecilia, que lo conoció bien, sostiene, sin embargo, que su carácter introvertido y bastante solitario le habrían vedado ese comienzo. Pero de algún lado salió esa vida, marcada como diferencia con los proyectos familiares.

Porque había *un proyecto* en esa familia suya, en relación a él, aunque quizás no se manifestaba a través del afecto. Fue, por empezar, el varón esperado, después de la llegada de tres hijas mujeres, casi adultas cuando él nació. ¿Si no, por qué todas esas fotos –algo inusual en esa época–?

Con todo, quizás llegó un poco tarde: con padres ya muy mayores y con exigencias demasiado fuertes, fruto de un tiempo ya escaso para gozar de ese hijo, para contener su actividad, sus posibles errores. Poca resistencia contra la frustración, en suma, en una época donde los hijos rechazábamos muy a menudo la «ayuda» de nuestros padres, preocupados por ponernos en la senda de la respetabilidad y el consumo. Mi papá, por ejemplo, no entendía nada cuando yo me fui a vivir solo, él que había tenido que separarse de los suyos forzosamente, para venir a estudiar pupilo.

Quería regalarme un televisor, yo se lo rechazaba. En ese mismo marco, imagino al Flaco no terminando la secundaria, muy probablemente, y yéndose a trabajar de obrero, bien que en una fábrica de un amigo de su hermana, según algunos testimonios.

Era bastante lógico que cayera en Arteón. Esa gente había logrado concentrar gran parte de la actividad cultural de la ciudad; eran una trinchera contra el aldeanismo *kitch* en la que revistaban las parejas convencionales, contra los que después recibirían el nombre de conchetos. Los arteones daban espectáculos semanales de cine donde íbamos *todos*, y tenían una escuela de teatro. Mi novia de entonces asistía a esa escuela, y allí se hizo amiga de Cecilia, por entonces la mujer del titiritero Alcides Moreno. Cecilia se peleó con Alcides, y se convirtió en la novia de Rafael, que trabajaba de iluminador en los espectáculos del grupo. Ahí lo conocí yo.

Eso habrá sido a fines del 71. En octubre del 72, yo ya me había recibido de abogado, y ya estaba podrido de la política universitaria. A través de gente de la JUP, con la que tenía afinidades, propuse formar un grupo de teatro en algún barrio. Un grupo de teatro político. Los compañeros que hacían trabajo barrial me contactaron con una chica que quería ser bailarina, algo quizás parecido al teatro. Cecilia, yo y otros dos compañeros empezamos a trabajar en San Martín A, un barrio que queda entre la avenida San Martín y las vías del FFCC. Me había peleado, entre paréntesis, con aquella novia

Al tiempo me entero, ya no recuerdo cómo, que Rafael está realizando trabajo de base en el barrio de al lado, por Las Delicias. Tal vez el Flaco había activado algún conflicto con sus compañeros de aquella fábrica, y se vio obligado a retirarse, por eso de que el patrón era conocido de su hermana. Por lo demás, le tocó hacer la colimba y, si todavía tenía trabajo, tendría que haberlo perdido por ese

motivo. O tal vez lo de ese trabajo sea un mito. Lo cierto es que en 1973, ya cumplido el servicio, trabajaba como celador en el Albergue de Menores, que quedaba en la zona sur, bien cerca de los barrios que he mencionado. Parece que también era tornero en un establecimiento pequeño.

Muy buen fotógrafo, ya hacía rato que registraba actos y manifestaciones políticas. Participaba con los arteones en actos relámpagos. No es difícil imaginar que por la zona, o donde fuera, conoció a Pablito, a Ramón, y se acercó a ellos para ayudarlos en la tarea barrial, donde pronto fue prácticamente un líder. Él, evidentemente, también estaba podrido de la política en el Centro.

El FREJULI ganó las elecciones, y desapareció la clandestinidad. Empezamos a caminar el barrio como antes calle Córdoba: con la certidumbre de estar en casa, a través de esas calles de tierra orladas de viviendas bajas, con el sol que se ponía atrás de los postes de la luz, de alguna terraza con ropa tendida.



tu recuerdo.

Pudimos coordinar acontecimientos entre su barrio y el nuestro. Yo solía ir con mi nueva novia, Cristina, que andando el tiempo se convirtió en mi mujer. Rafael nos instruía en el trabajo político, ya que nosotros habíamos entrado a formar solamente un grupo de teatro, y no teníamos una idea clara de qué dirección darle a nuestra actividad. El grupo de teatro nunca llegó a existir, lo había arrastrado la vorágine de los acontecimientos.

Fueron momentos de gran alegría y de aprestamiento para un trabajo más profundo. Pero enseguida empezaron las señales contradictorias de Perón, que generaban las interpretaciones más disímiles. No me voy a detener en algo que pertenece a la historia pública. Sí puedo decir que compartimos con el Flaco y sus compañeros todas esas inquietudes, todo ese desconcierto, que él sobrellevaba sereno, paciente.

La militancia, aunque aún no había vuelto a ser clandestina, se hizo difícil. Perón nos cuestiona-

ba, y la gente desconfiaba. No toda y no en todo, pero las cosas no eran fáciles de explicar. Frente a esto, un sector de la tendencia revolucionaria del peronismo, como se sabe, reforzó la militarización. Nos opusimos tajantemente a esto. Militarizar el trabajo en los barrios y en las fábricas consistía en ganar algún compañero particularmente idóneo para movilizar a su gente para meterlo en un aguantadero y convertirlo en un guerrillero. Era la negación del trabajo de base.

En cambio, Rafael era de los que sabían que había mil tareas para hacer en los barrios. Que la gente, que nos conocía, no nos iba dar la espalda así nomás. Quizás compartiría la visión general de Perón sobre el asunto, porque era la visión de Perón, pero quedaba la miseria, el abandono, la lucha por progresar. Eso no lo iba a combatir la derecha peronista, ni siquiera en los sindicatos.

Bajo esa concepción se creó la Columna Sabino Navarro de Montoneros, en la que el Flaco y yo

pasamos a revistar, como quien dice, aunque, como se verá, no es tan sencillo el hecho.

La Columna sostenía, como teoría, la hipótesis de la guerra popular prolongada. Para ser llevada a la práctica, ella requiere una infraestructura muy extensa y sólida, cuya construcción no se realiza rápidamente, sino a través de un tiempo considerable. Eso requiere, entre otras cosas, un trabajo más bien silencioso. Lamentablemente, el otro sector de Montoneros, fundamentado en la teoría del Foco –que en vez de situarse en una zona rural, se consideraba situado en el seno de peronismo–, no hacía más que jetonear, llamar la atención sobre su fuerza cada vez más imaginaria y suscitar la nada imaginaria contraofensiva de las bandas blancas de las Tres A.

Rafael sabía, sin embargo, que no hacía falta enfrentarse con Perón, demostrarle que éramos más poderosos que la derecha. A Perón lo enfrentaría la realidad: si su plan económico tenía éxito, era mejor reconocer que tenía razón, porque habría logrado

conseguir su objetivo a través del tiempo, y no de la sangre. Si el plan no lograba erradicar el subdesarrollo y la dependencia –y era difícil ver cómo podría lograrlo, al menos significativamente–, los pobres deberían seguir luchando. Ahí deberíamos estar.

En 1974 Cecilia se fue a trabajar a Río Cuarto y después a Neuquén. Los otros dos chicos, prácticamente no volvieron al barrio. Mi mujer y yo seguimos yendo. Habíamos hecho amigos, y los seguimos visitando. Ayudó a eso que la impronta política de mi trabajo había sido menor. En las condiciones del momento, ya no me era posible ver al Flaco muy seguido. Supimos que había tenido un accidente con la moto; mi mujer y otra amiga del barrio lo fueron a ver a su casa, adonde había tenido que volver hasta restablecerse.

Por último, supimos de su casamiento con Raquel Boero, a quien, por casualidad, mi mujer y yo conocíamos de antes. Rafael debe haberla conocido porque su hermano militaba también.

La Columna se disolvió en 1975: no fue capaz de organizar esa estructura que sobreviviera al anatema de Perón, el enfrentamiento había ido demasiado lejos y la conciencia del camino correcto había llegado demasiado tarde. Yo me quedé sin ningún referente al que recurrir. ¡Ni siquiera me enteraron de esa disolución!

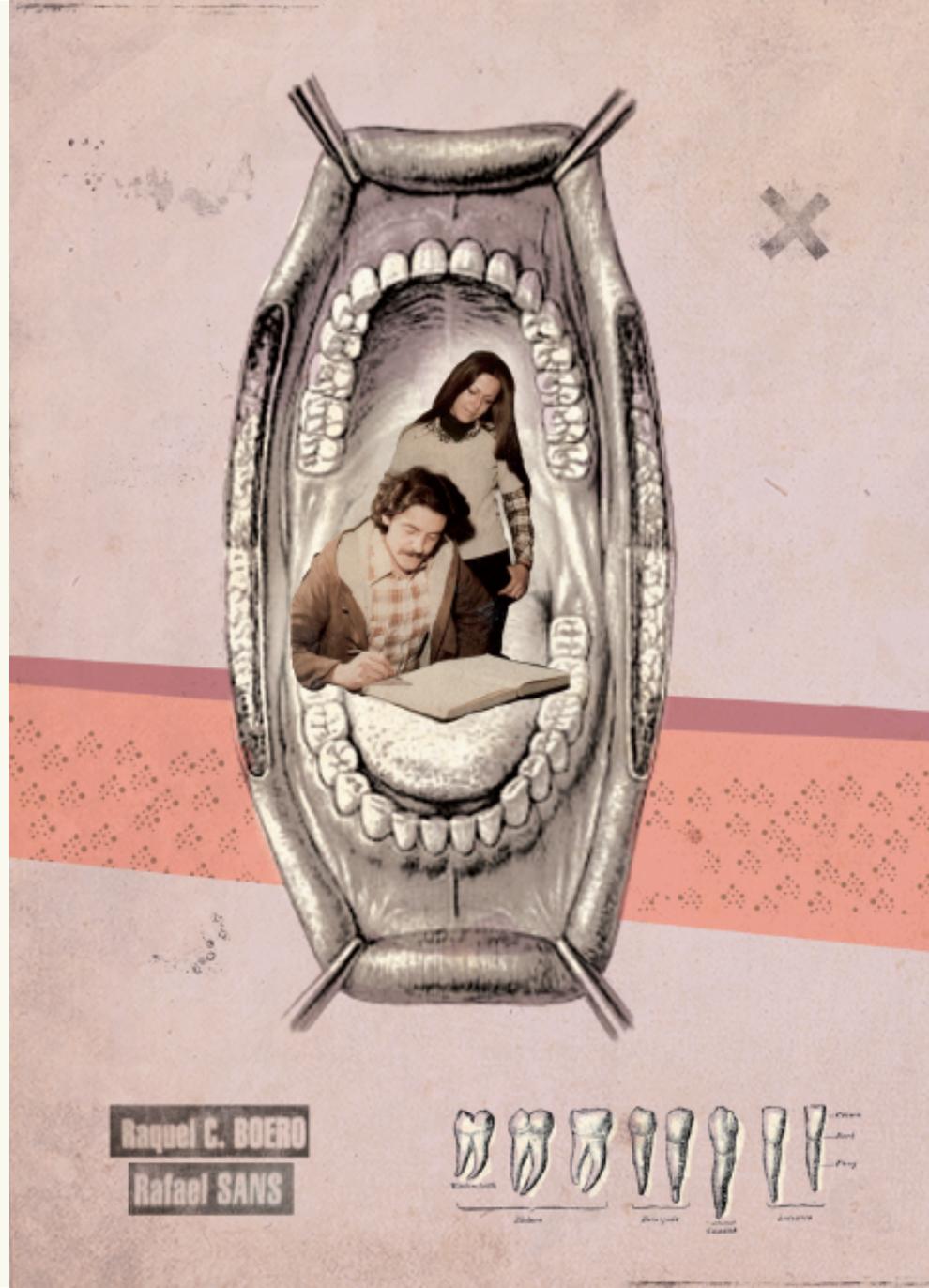
Hasta ahora había pensado que el Flaco no había sufrido el mismo destino y que había continuado militando, quizá en una no deseada clandestinidad, para generar esa plataforma desde la cual nuestra línea podría seguir siendo posible. Cuando me enteré de su desaparición en Buenos Aires, pensé que el hecho había ocurrido en el marco de una misión de ese tipo.

Sin embargo, no fue así. La verdad es que casi todos los que estábamos en la superficie quedamos desamparados, a la espera de no ser secuestrados o de poder rajarse al extranjero, sin apoyo de dirección alguna. Dado el marco, quizás Rafael se escondió

en ese departamento, en Salta y Oroño, que yo jamás conocí, pero que evidentemente, era visitado con frecuencia por viejos compañeros y donde fue a parar un militante cordobés que venía escapando. Pero eso no pudo durar mucho, calculo.

Antes debe haber viajado a Córdoba, «para tener unos días de paz» con Raquel en la casa de Raúl Bertone. ¿Por qué no se quedó allí? A fines de 1976, además de conocer la nueva familia de Cecilia, que había regresado, le dejó todo su equipo de fotografía, aclarando que «era de la Columna», y que vendría alguien a buscarlo. ¿Creía todavía en la existencia de la organización? Señaló que su casa estaba *quemada*.

Se fueron a Buenos Aires para arreglar su huida el exterior. Cecilia consiguió que una militante amiga de ella, ajena a la Columna, se arriesgue a refugiarlos. Cuando al parecer todo estaba ya arreglado, optan por hacer una consulta al dentista, y a la salida los chupan.



Raquel C. BOERO
Rafael SANS



Vuelvo a aquello con lo que empecé. Éramos de la misma generación, lo que hicimos nosotros lo hicieron miles, a lo largo y a lo ancho del país, –aunque el trabajo propiamente de base no fue, ni con mucho, tan frecuente–. Una vasta proporción de personas pagaron esa elección con su vida, no se les dio la oportunidad de evolucionar, o reflexionar sobre un cambio en su accionar. Otra proporción, por distintas razones, sobrevivió. ¿Porqué yo estoy entre estos últimos? ¿Por una casualidad?

Puede ser. Los milicos no hacían muchas distinciones, en su impunidad. ¿Por ser algo mayor, yo fui algo más prudente? También. Pero creo que la clave de la diferencia fue la forma de entregarse.

Si bien Rafael tenía inquietudes artísticas, las conjugó, las envolvió rápidamente en su compromiso político (como pasó con la fotografía). Se entregó entero. Por eso seguía protegiendo gente, metiéndola en su departamento, haciendo esos mínimos gestos que acusaban que no se había rendido, que lo político seguía siendo, de alguna manera, posible.

Yo tenía un punto de mira separado, y era mi trabajo de escritor (por esa época yo ya lo era). Para mí la revolución era la forma mejor de ser escritor; pero sin serlo, la revolución no me importaba tanto. Eso me dio cierta objetividad en la forma de ver lo que estaba pasando, y su peligro.

Puede parecer cínico lo que digo, pero mi forma de pensar, después de todo, era bastante parecida a la de un obrero, a la de alguien que, en fin, tiene un oficio y no busca la revolución para dejar ese oficio, sino para ejercerlo mejor, para entregarlo mejor a los demás. O sea, yo era demasiado base.

Mientras que Rafael era un militante. «Cada cual hizo lo que tenía que hacer, y fue como era», imagino que me dice el Flaco, alcanzándome un mate. «Qué se va a hacer».



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Eduardo D'Anna

Edición y corrección de textos

Daniel Fernández Lamothe y Pablo Bilsky

Coordinación General

Viviana Nardoni



museo de la
memoria



